

OCTAVA DEL CORPUS EN SEVILLA

LOS SEISES DE LA IGLESIA CATEDRAL

LA ciudad de Sevilla se ha hecho justamente célebre por el fausto y la grandeza con que solemniza las festividades religiosas. Ya en el siglo xvi la llamaba el autor del *Quijote* «Roma triunfante en ánimo y riqueza», y posteriormente la han confirmado digna émula de la capital del orbe católico cuantos han tenido ocasión de asistir a alguna de sus fiestas clásicas. Entre éstas han sido objeto preferente de alabanza, así de propios como extraños, las cofradías y oficios de la Semana Santa; pero en nuestro juicio tiene más carácter y responde mejor a las costumbres de sus habitantes y a la fisonomía especial de la población la festividad del Corpus; toda luz, flores, perfumes y galas en las calles; toda majestad, riqueza y armonías en el templo.

Aun cuando indudablemente ofrecería gran interés, no entra hoy en nuestro ánimo ocuparnos detenidamente de todos los porme-

nores de sus ceremonias, sino fijarnos en uno de sus más curiosos detalles, apuntando ligeramente algo de los famosos bailes de los *seises*, cuyos ricos trajes, graciosas contradanzas y concertadas voces maravillan y suspenden a cuantos asisten a la Octava.

Que estos bailes son recuerdos de las características contradanzas y representaciones que en lo antiguo tuvieron lugar en los templos como parte del culto católico, bien claro se ve a poco que se estudien.

Sin embargo, cuando se creó este coro de cantores especiales, conocidos en otra época con el nombre de *los niños cantorricos*, no puede decirse, aunque sí que se remonta a muy lejana fecha, toda vez que en documentos pertenecientes al siglo xv se habla ya de ellos como de cosa establecida.

Varias veces los prelados han creído poco conveniente a la majestad del culto las danzas de los *seises*, dándose ocasión a diversas cuestiones con el capítulo. Es fama que para ultimar una de ellas pendiente de la resolución del Pontífice, el cabildo envió a Roma los *cantorricos* acompañados de su maestro, a fin de que en presencia del que había de ser juez de la causa ejecutasen el baile objeto de la censura arzobispal. Bai-

laron los *seises* tañendo las castañuelas de marfil y entonando sus armoniosos coros, y de tal modo lo hicieron, que, prendado el Pontífice de la majestad y compostura de la danza y el agradable concierto de las voces, no sólo dispuso continuaran como hasta allí, sino que confirmó nuevamente el privilegio que gozan aún de bailar con la cabeza cubierta por el sombrerillo delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

LA SEMANA SANTA

UNA COFRADIA DE PENITENTES EN PALENCIA.

LA MESA DE PETITORIO EN MADRID

TODAS las ceremonias religiosas del culto católico se han revestido en España de un carácter peculiar del país. Las de la Semana Santa, en que los fieles conmemoran la Pasión y Muerte del Redentor de los hombres, son, sin embargo, las que, por su índole grave y su solemne y dramático asunto, se han prestado más a ser representadas con ese lujoso e imponente aparato, propio para herir y exaltar la imaginación de un pueblo más impresionable que reflexivo.

El transcurso del tiempo, debilitando por una parte el fervor religioso y modificando por otra las costumbres, ha contribuido poderosamente a borrar en algunos puntos los vestigios del pasado, haciendo desaparecer mucho de aquéllo con que la piedad de los fieles reunidos en corporaciones parece como que añadía un comento con sus puntas de teatral y profano a los ritos siempre solem-

nes y graves de la Iglesia. No obstante, basta fijarse en las diferencias que se notan durante esta época entre los centros de mayor movimiento y vida y los que siguen lentamente la evolución social y política moderna, para conocer que esta transformación tardará mucho en operarse por completo, aunque esté iniciada y se vea claro el camino que ha de recorrer antes de llegar al fin que se propone.

La *Cofradía de Penitentes* en Palencia y la *Mesa de petitorio* en Madrid, señalan los dos puntos más culminantes del estudio que se podría hacer sobre este particular, no ya somera y ligeramente en las columnas de un periódico, sino concienzuda y detenidamente en las páginas de un libro.

La cofradía es la escena fantástica de un drama conmovedor y terrible; la mesa de petitorio un cuadro de costumbres elegantes y modernas. En la una el natural ofrece contrastes de luz vigorosos y siluetas extrañas como las que sólo se contemplan en la visión de un sueño; en la otra, todo entra en el dominio de la vida real y es conocido y visto.

El diverso carácter de dos épocas muy distintas se revela, al aproximarlas, al menos dado a sacar este género de deducciones del

estudio de las costumbres. La exaltación religiosa, en la que trae su origen de siglos pasados, sólo se propone reavivar la memoria del sangriento drama de la Redención del mundo, imponer con la representación de sus terribles escenas vestir con formas inusitadas y solemnes que han de infundir terror y piedad y pasmo, la idea cristiana, cuya expresión más genuina era la catedral con sus líneas extrañas, sus sombras y su misterio.

Un propósito santo, pero más calculador y positivo, en armonía con la índole de la época actual, utiliza hoy en provecho de la miseria la piedad de los fieles, y la caridad, siempre ingeniosa, no sólo pone en estos días a contribución en las mesas de petitorio el impulso del alma compasiva, sino que hace pagar tributo a los mismos vicios y ridiculeces sociales, como el orgullo, la vanidad o la moda.

P O E S I A S

PAGINAS DESCONOCIDAS

RIMA

Fingiendo realidades
con sombra vana,
delante del Deseo
va la Esperanza.
Y sus mentiras
como el Fénix renacen
de sus cenizas.

RIMA

Una mujer me ha envenenado el alma,
Otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
Ninguna de las dos vino a buscarme,
Yo de ninguna de las dos me quejo.
Como el mundo es redondo, el mundo rueda.
Si mañana, rodando, este veneno
Envenena a su vez, ¿por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

NOTA.—Esta rima, lo mismo que la anterior, están copiadas del manuscrito original del libro que el poeta pensaba publicar con el título de LIBRO DE LOS GORRIONES.—*Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes de cosas diferentes que se concluirán o no, según sople el viento.* 1868. Para este libro escribió Bécquer la Introducción que luego apareció al frente de sus obras completas y que él tituló *Introducción sinfónica*.